

De mujeres, hombres, chimpancés y política

Anna M. Fernández Poncela

Hace siglos que se debatió la cuestión de si las mujeres tenían alma o no, y al parecer si ésta existe, las mujeres la poseemos bajo las carnes que surgieron vía reproducción del hueso de la costilla de Adán, según alguna que otra versión.

Aclarado dicho punto pasemos a la siguiente reflexión central en estas páginas, ¿somos las mujeres mejores o más buenas que los hombres?, ¿son las líderes políticas más humanitarias y pacifistas que sus homólogos masculinos?

Bien desde el feminismo la discusión es vieja, y en todo caso nos hemos dado cuenta que contamos con los mismos vicios y virtudes, aciertos y defectos, que nuestros congéneres del otro sexo, más o menos desarrollados en función creíamos de los contextos sociales, las adaptaciones culturales, los procesos de socialización, y las delimitaciones espacio temporales correspondientes, siempre y en todo momento teniendo presente la constitución de la personalidad única de cada individuo o individua en concreto.

Y si bien hay sectores del feminismo que consideran elemental feminizar la sociedad y que hay una esencia femenina de carácter superior, la mayoría, creo yo que no compartimos dicha idea, sí feminizar porque es androcéntrica y masculinizante pero no pensando en que esté presidida por las características consideradas femeninas en ex-

clusividad. Si bien dicha idea de bondad por naturaleza, de afecto y comprensión en la condición de la mujer, la acariciamos con deseo y nos gustaría que fuera verdad, pero es más bien una debilidad, un anhelo, eso es otro cantar. No hay que reproducir estereotipos pues éstos son inercias contra el cambio, las creencias y los discursos permean la realidad cotidiana y nos llevan de la mano de regreso al pasado, un pasado caracterizado por la invisibilidad y la subordinación. Y como alguna autora ha dicho con desparpajo, entre la seriedad y la lógica a contracorriente, las mujeres tenemos derecho al mal.

Pues bien al parecer Francis Fukuyama se ha convertido en nuestro aliado natural —nunca mejor aplicado lo de natural—¹, compañero de camino y nos viene a iluminar, y con su varita mágica, conceder nuestros sueños de bondad eterna o superioridad infinita con respecto a los hombres, por lo menos en lo que respecta al campo de los liderazgos políticos, extensible por otra parte al carácter de las mujeres en general y de las hembras de chimpan-



Rotmi Enciso

cés, nuestras más cercanas mamás, claro está.

Sin desconocer los avances en cuanto al estudio de los genes y la importancia o peso de la herencia genética, reconocido en nuestros días, que ha hecho que de posturas accionistas de antaño revaloricemos algunas cuestiones biologicistas, menospreciadas seguramente por el desconocimiento del pasado o por la inercia del constructivismo social que corría por nuestras venas de luchadoras y trabajadoras del feminismo, vamos a poner algunos puntos sobre las ias.

Respecto del complejo debate sobre la diferencia o no de los estilos de liderazgo político entre hombres y mujeres, sobre lo cual no hay, creo yo, suficientes datos empíricos, en todo caso se trata de una discusión en torno a especulaciones más que argumentos racionales, y que invita a la reflexión más que a la conclusión, Fukuyama nos la soluciona con su flash sociobiologista que circula vía evolución de las especies del siglo XIX al XXI, saltándose la centuria intermedia.

Podemos sentirnos contentas y agradecer la ayuda de papá. Nos reconforta unos matices de humanismo en este fin de siglo y milenio. Nos gusta y hace sentir bien pensar que las mujeres somos más buenas. Creer que su introducción en la esfera política y su acceso a cargos de poder conducirá a la humanidad a la paz y al desarrollo social. Nos agiganta nuestra vituperada autoestima y nos sumergimos en un baño relajante de utopías, sueños y buenos deseos. Pero ojo que no sea narcótico para borrar las realidades, para considerarlo la verdad única y con mayúsculas. Para desentendernos de todo y considerar que vamos bien, que vamos a ir mejor, que el futuro va a ser el paraíso y nosotras más que evas somos la encarnación de la virgen María, la bondad y la luz que llevará al mundo por buen rumbo.

Hay que aterrizar en la realidad, o en nuestra percepción de la misma, que no es lo mismo pero a veces es casi igual. Las hembras chimpancés, como dice Fukuyama, se alían con otras por lazos de afecto y los machos por cuestiones de carácter instrumental. Seguramente en los estudios de etología simiesca eso es cierto, pero ¿es así entre las mujeres? Tal vez entre algunas de nosotras suceda y entre algunos hombres también lo propio, ¿pero realmente pensamos que eso es la norma en la realpolitik de nuestros países y nuestros días?

Este autor también afirma que a medida que las mujeres ganan poder en diversos países estos se van volviendo menos agresivos, com-

petitivos y violentos. Yo creo que a todas y a todos nos gustaría, pero de ahí a pensar que es cierto va mucho trecho. De ahí pensar que la postura agresiva de un jefe de estado es biológica y no una actitud de la cultura patriarcal, también es algo arriesgado, y cuanto menos muy polémico.

No es bueno a estas alturas achacar todas las diferencias de género a las construcciones culturales única y exclusivamente, pero de ahí a considerar que su raíz es únicamente de origen genético, también me parece una audacia o un salto mortal sin red bajo los pies.

Que hay diferencias entre las líderes políticas es evidente, que unas son más duras y otras más flexibles, es real, pero hay que pensar que eso sucede también si nos ponemos a revisar las características de los jefes de estado o presidentes de gobierno masculinos.

Estamos de acuerdo con el autor en el sentido de la necesidad de que más mujeres lleguen a altos puestos políticos, para defender sus intereses, cambiar la agenda masculina, por justicia democrática y representacional, por un sinfín de razones, más tal vez no porque creamos realmente que eso signifique vivir en el mejor de los planetas posibles, sería aventurero y fruto de un destello de irracionalidad y seguramente estupidez.

Ojalá que algo haya en el fondo de todo este discurso conservador y biologicista, no es que no lo queramos, es que no lo creemos, que es bien distinto.

En todo caso señor Fukuyama sin compartir sus puntos de vista, me parecen audaces y atrevidos, dignos de leer y reflexionar, y con un gran estímulo para que las mujeres sigamos avanzando en la práctica de la política y contribuyendo a la discusión académica en torno a este tema que cobra interés en esta época finisecular.

Pero y con gran tristeza en el corazón y pesadumbre en el cerebro, al igual que no creo que la historia se haya acabado tampoco creo que la política será perfecta con las mujeres en el poder, y no por ello voy a dejar de defender la justa causa femenina y feminista del acceso de éstas a puestos en donde se tomen decisiones, y con la esperanza de un cambio hacia mejor, por supuesto. *fm*

1 La reflexión desenfadada que nos ocupa en estas páginas ha sido suscitada por la lectura del artículo "Las mujeres y la evolución de la política mundial" de Francis Fukuyama, publicado en *Este País*, No. 96, marzo de 1999.